

mediterráneo, con sus fértiles valles semejantes á esmeraldas engastadas en una cadena de oro, pasasen al dominio de los cristianos, juntamente con las populosas ciudades de Almería y Guadix, las dos mas preciosas joyas de su corona.

III.

Era el 26 de diciembre de 1490. Ya algo entrado el dia y por el camino que conduce á la puerta de Purchena, una nube de polvo y el ruido de los atambores, trompetas y clarines anunciaba la próxima llegada de un numeroso ejército. Eran los reyes católicos que venían á Almería á tomar posesion de las tierras y villas nuevamente adquiridas, y que segun los pactos concertados con el Zagal, se habia convenido que se hiciese allí la entrega formal de todas ellas.

Grande era el gozo que se veia pintado en los semblantes de todos los que componian el campo cristiano. Distinguiéronse poco á poco los tercios castellanos que se acercaban con aire marcial haciendo resplandecer las aceradas puntas de sus lanzas, heridas por los rayos de un sol brillante. Ya avanzaba la caballeria al mando de sus bizarros capitanes, y los blancos penachos de los guerreros ondeando al influjo del viento, y el plateado fulgor de sus armas, presentaban un cuadro encantador. Acercábanse los reyes católicos rodeados de los grandes y principales caballeros que les acompañaban, y dióse la orden para que hiciesen alto las tropas. Montaba D. Fernando un soberbio caballo andaluz, y llevaba una armadura completa de hierro colado con filetes y adornos de purísimo oro, su casco sobre el que se agitaba una pluma blanca, cubria una hermosa cabeza de facciones espresivas y ojos penetrantes. Su esposa doña Isabel, cuya belleza arrebatava, venia en una mula castaña cubierta con gualdrapa carmesí con bordaduras de oro. Vestia la reina un traje de seda con castillos bordados de lo mismo, una pequeña coraza de plata con arabescos de oro y un casco de terciopelo con plumas.

Vióse á poco llegar al rey moro con el príncipe Cidi Yahye su primo, Reduan Venegas su cuñado, y otros caballeros que componian la comitiva que habia salido á recibir á los reyes católicos. Marchaba el Zagal triste, y revestido de una humildad violenta, pues así lo indicaban las señales de dolorosa impaciencia que se descubrían en su semblante. Era evidente que al humillarse ante D. Fernando, no creia hacer mas que someterse á la voluntad del cielo. Cuando llegó cerca del rey, se apeó de su caballo y presentando las llaves de la fortaleza y Alcazaba,

—¡Dios es grande! dijo con voz ahogada; tuyos son nuestros reinos, trofeos y personas. Tal es la voluntad de Alá. Tomad estas llaves y ocupad esa fortaleza que Dios os quiere dar en castigo de los pecados de los moros. Y pidió á D. Fernando la mano para besarla; pero este guardando las consideraciones debidas al título real que el moro habia tenido, no quiso consentir este homenaje, y abrazándole benignamente, le ofreció su franca amistad y reconocimiento. Mandó le volvieran á poner á caballo y reprendió severamente á los moros que le aconsejaron dar este paso humillante, faltando al respeto debido á la dignidad que habia representado. (1) Recibieron las llaves con las formalidades debidas en la ermita de San Sebastian, y llevando al lado al Zagal, emprendieron la marcha para la ciudad entrando por la puerta de Purchena. Dirigieronse á la Alcazaba y tomando posesion de ella, ordenaron á Mosen Fernando de Cárdenas, tremolase el rojo pendon de Castilla en la torre mas elevada de la fortaleza, como así lo verificó á las voces de «Castilla, Castilla, Almería por los poderosos reyes D. Fernando y doña Isabel,» y quedó nombrado Alcaide y Justicia mayor de la ciudad.

La toma de Almería es un acontecimiento importante de nuestra historia; porque con ella se aceleró la conquista de los demás pueblos que ocupaban los moros, y dió motivo para la rendicion de Granada, en cuyos muros se habian refugiado los sectarios de Mahoma, arrastrando con la caída de esta ciudad los últimos despojos del poder sarraceno en España.

José María Espadas y Cárdenas.

CONQUISTA DE ALMERIA POR LOS REYES CATOLICOS.

SIGLO XV.

I.

La corte del rey Zagal.

De pálida luna los rayos reflejan,
que alumbran fugaces la bella ciudad:
mil sombras oscuras con pausa se alejan
y ostenta el lucero su triste beldad.

Castillo altanero levanta su frente
que almenas corona de rojo color,
sus cercas recorre confusa la gente
y suena á lo lejos el ronco atambor.

Las aves nocturnas que allí se guarecen
sus alas sacuden con trémulo afán,
las voces de alerta se cruzan y crecen
cual olas llevadas de fuerte huracán.

Se cruzan y en tanto se oyera en la torre
sonido que el eco repite veloz;
de puerta doblada la barra se corre
librando su paso á corte feroz.

Magnífica estancia, do solo se aspira
perfume oloroso, fragancia sutil,
demuestra orgullosa á aquel que la mira
espléndido sόlo de blanco marfil.

Sentado en su cumbre, asaz pensativo,
armado de alfange y agudo puñal,
enmedio su córte, feroce y altivo,
ostenta su rabia el fiero Zagal.

Cid-Yahye y Venegas cercanos al trono
en calma aparente, con mudo dolor,
sus brazos al pecho, oculto el encono,
reprimen apenas su inmenso furor.

Levanta el monarca la frente sombría,
su vista sañuda la estancia corrió;
requiere su diestra luciente gurmía,
y en voces convulsas feroz prorumpió.

«Fuerte legion del Nazareno impuro,
que orgulloso tremola su bandera,
al frente se verá de nuestro muro
al despuntar el sol su luz primera:
cercado de vosotros, yo seguro
despreciara la suerte que me espera,
y por lavar tan temerario ultraje
á la lid, me aprestara con coraje:

Mas escasos de medios, mis legiones
habrán de sucumbir en torno mio;
verá el profeta hollados sus pendones
sin que baste á salvarles nuestro brio:
antes que sobre ruinas sus canciones
entonen de victoria, yo confio,
que por librar al pueblo de venganzas
frizas haremos nuestras rudas lanzas.»

Dijo Zagal... descendió
de la altura de su trono,
y sin demostrar su encono
de la estancia se salió.

[1] Pedrazá, Historia de Granada. Parte 3.^a cap. 44.